

Una propuesta hereje

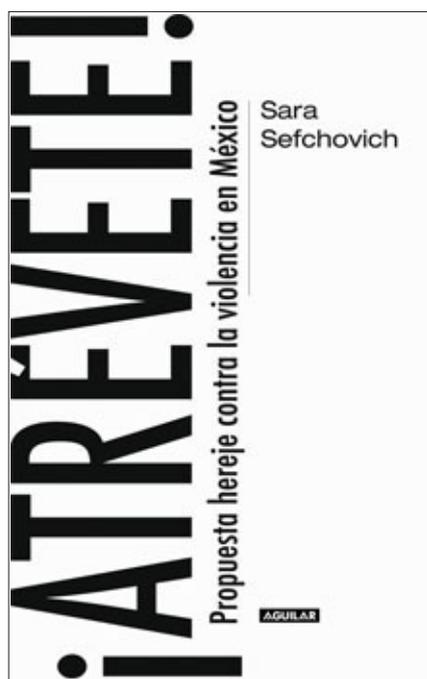
Adriana Malvido

Según el diccionario, una herejía es una opinión o conjunto de ideas que se oponen a las creencias consideradas irrevocables en un contexto social. O bien, una idea que se opone a un dogma establecido. Cuando pensamos en herejías, nuestra memoria suele viajar miles de años atrás, hasta el siglo II de nuestra era, cuando nace la heresiología, un tipo de literatura destinada a combatir la disidencia y la mirada rebelde dentro de la Iglesia.

Las propuestas herejes incomodan porque nos hacen pensar, nos arrebatan el confort en el que solemos instalarnos, nos confrontan, nos cuestionan, nos obligan a mover nuestro punto de vista hacia una perspectiva diferente. No invitan a mirar, como Copérnico y Galileo y como Hipatia, mucho más lejos de lo que alcanzan nuestros ojos.

El libro de Sara Sefchovich, *¡Atrévete!*, comienza con una cita de Rodrigo Sigal en el epígrafe: “¿Por qué siempre resulta herético cuestionar el discurso sobre algún tema?”. Quizá porque, como dice el escritor Rafael Argullol, hoy miramos el mundo como si fuera un escenario y el espectáculo tiene una apariencia impactante, pero las voces que escuchamos son escasamente interrogativas. Y en un proceso que él llama la expulsión de la cultura, la palabra, la mirada y la interrogación van dejando su lugar a la utilidad, la apariencia y la posesión, mientras que el apetito por el consumo arrasa con la búsqueda de sentido.

En México vivimos así el apetito y el consumo de la información. Toneladas de cifras y números cuantifican la violencia, una masacre tras otra aparecen frente a nosotros como el espectáculo del horror y nos envuelven sin las herramientas necesarias para entender cómo es que hemos



llegado a tanto. En los medios de comunicación, en el correo electrónico, en Twitter y en Facebook van cayendo, uno a uno en fracciones de segundo, fragmentos de una realidad ya intolerable que, sin embargo, somos incapaces de armar. Nos saturamos de datos pero no los tejemos, nuestra mirada acumula imágenes que en la reiteración nos anestesian, las conversaciones dan vueltas alrededor de la violencia, la corrupción y la impunidad en una espiral sin fin ante la cual optamos por buscar responsables y gritar nuestra inconformidad, como asistentes de un espectáculo que concebimos como algo fuera de nosotros. Y demandamos que el Estado actúe. Y entonces el Estado hace leyes, pero no se cumplen. Y demandamos que se detenga a los culpables y, cuando eso sucede, sospechamos que saldrán libres o resulta que quienes debieran protegernos estaban coludidos con los criminales, como sucedió en

Ayotzinapa. Asesinatos atroces y desapariciones inexplicables nos llevan a marchar a las calles, porque acompañar a las víctimas y hacer nuestra su indignación tiene sentido. Pero la violencia sigue. El rompecabezas crece y las piezas se revuelven. Una y otra vez intentamos volver a empezar.

De pronto, Sara Sefchovich recoge todos los fragmentos de nuestra realidad, notas periodísticas, testimonios de víctimas, victimarios y familiares, ensayos, investigaciones, estadísticas, la voz del gobierno, la de la sociedad, la de la ciencia, la sociología, la antropología, la psicología, el psicoanálisis, el derecho, la voz de los artistas y la de los movimientos sociales... Y escribe un libro que pone orden al caos, que desmenuza, pregunta, argumenta y dialoga con nuestra historia reciente para, al final, ponernos un espejo enfrente que nos pregunta: ¿y tú qué vas a hacer?

¿Qué tiene de hereje hacerlo? Todo, porque la suya es una lectura diferente que, si bien denuncia las atrocidades cometidas desde el poder o la delincuencia, se opone a la victimización en la que gran parte de la sociedad se ha instalado para que nos ubiquemos, ya no desde las butacas donde se mira un espectáculo del horror o en el cómodo asiento desde el que firmamos un desplegado, sino en el centro del escenario. Sólo desde ahí, como actores y no espectadores, seremos capaces de entender que la mayor revolución de todas es “tratar de ver el mundo como lo ve el otro”, como dice el escritor nicaragüense Sergio Ramírez. Y a partir de ahí, convencernos de que no todo está perdido y de que podemos ser muy útiles porque hay un lugar muy cerca de nosotros desde el cual podemos “imaginar lo posible y esperar lo imposible”.

Para llegar al centro del escenario donde se encuentra el espejo, Sara Sefchovich le da una estructura sumamente ágil a su libro y así nos lleva de la mano a lo largo de 20 capítulos tan breves como claros, donde todo tiene sentido, donde la cifra, las historias sueltas y los datos históricos se entretajan. Nos presenta el panorama de la violencia en México para plantear las diversas hipótesis de dónde empezó todo, si en la pobreza, las relaciones intrafamiliares violentas, el funcionamiento cerebral de los psicópatas, la alimentación, el entorno social, la falta de oportunidades en la vida de los jóvenes, el consumo de drogas, la permisividad en todas las esferas, la economía, la política, nuestra ubicación geográfica... o todo eso junto.

Una a una analiza las estrategias gubernamentales en contra del crimen organizado y las acciones que pretenden apaciguar las regiones más afectadas; la organización de la sociedad para manifestarse; el camino emprendido por las autodefensas o el de los familiares de las víctimas de la violencia. Inmediatamente después, nos explica por qué todas las estrategias han fracasado en el sentido de que no han logrado abatir la delincuencia ni detener el baño de sangre. En el capítulo "Recomendaciones" recoge todas aquellas que han brotado de diferentes sectores, desde los académicos y los artísticos hasta los ciudadanos y aquellas que generan los más inteligentes especialistas. Refundar las instituciones,

despenalizar las drogas, generar empleos para los jóvenes, llevar educación y cultura a todo el país... Todas ellas, sin embargo, llevarían demasiado tiempo para implementarse y, como dice Sara, el país no puede esperar. "La situación exige que se tomen medidas y que sus resultados se empiecen a conseguir a la brevedad. Resultados verdaderos, no sólo las absurdas y mentirosas cifras oficiales, no sólo la nube discursiva que se han construido los funcionarios".

Si bien la raíz del problema radica en un Estado que ha incumplido su obligación de garantizar la seguridad de los ciudadanos, los agravios desde el poder también se llaman corrupción e impunidad. El ciudadano parece abandonado a su suerte y para la clase política sólo existe durante las campañas electorales cuando llueven promesas, desde hace décadas, que no se cumplen.

A estas alturas del libro, ya empezamos a vernos en nuestro propio espejo como ciudadanos. Porque la permisividad con la que toleramos la corrupción y la impunidad de la clase política se extiende y quizá se origina en los ámbitos domésticos. La sociedad tolera al funcionario que roba, o al presidente municipal que le alza el vestido a una jovencita frente a diez mil personas, porque también permite el maltrato físico, emocional y económico a las mujeres en casa, o porque se calla el abuso sexual a los niños por parte de un familiar.

Así, todos somos cómplices de la ilegalidad. En México se diseñan leyes excelentes que no se cumplen y en muchas escuelas los maestros no saben qué hacer con niños y adolescentes que no conocen límites porque en su casa no existen. La narcocomentalidad, el "tener rápido, mucho y como sea", también se infiltra en el ámbito familiar y toma el lugar de los valores indispensables para una convivencia en paz.

Ya dentro de los hogares, Sara nos lleva al escenario donde encontramos al Chapo Guzmán, a los Arellano Félix, a Pablo Escobar y otros narcotraficantes. Recuerdo bien la escena de una serie biográfica del colombiano. Él es apenas un niño y se ha robado un examen pero lo descubren en la escuela. Y la madre lo reprende, pero no porque haya cometido la falta. Le advierte: "No sea pendejo, si lo va a volver a hacer, hágalo bien para que no lo descubran". Muchos años después, cuando el capo sale a delinquir, su madre lo bendice en la puerta: "Que el santo niño de Atocha lo cuide y la virgen lo proteja con su manto". Es la única que influye en él, a la única que escucha y de la única que le importa su opinión y la señora de vez en cuando lo cuestiona por el sufrimiento que le causa a los familiares de algún secuestrado, pero disfruta de la buena vida que los ingresos del hijo le ofrecen.

Sara registra estas historias. Como la de la madre del Chapo Guzmán a quien este le construye un gran templo evangé-



Sara Sefchovich

lico para rezar. También el Señor de los Cielos venera a Aurorita, su madre, por sobre todas las cosas.

La de la maternidad es, nos dice Sara, la relación afectiva más potente que existe en la cultura mexicana. Y el arma más poderosa, si no para pacificar a todo un país o para erradicar por completo la violencia que nos acompaña desde tiempos inmemoriales, sí para disminuirla y comenzar a vislumbrar otros caminos. Ahí están las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina y lo que han logrado; las madres del Comité Eureka, las que acompañaron a Javier Sicilia en todas sus peregrinaciones, las madres de los 43 estudiantes de Ayotzinapa desaparecidos que marcharon por las calles en el Día Internacional de la Mujer, las madres de los chavos masacrados en Villas de Salvárcar y las de Ciudad Juárez; ahí está Isabel Miranda y muchas más que han asumido que la maternidad es para toda la vida. De todas ellas nos invita Sara a aprender. Y a ellas se dirige en su libro, pero principalmente a las que protegen a sus hijos delincuentes.

“Las madres están sobrevaloradas”, dice Peter Pan en algún momento del cuento de J. M. Barrie, que es mucho más que la aventura de un niño que carga con la gloria y la tristeza de negarse a crecer. Y es que la madre del escritor dejó de mirarlo cuando murió otro de sus hijos, el que se vuelve sombra, como la que Peter Pan persigue en el cuento, mientras que todas las mujeres en la obra del autor se convierten en madres de los niños perdidos.

Lejos de sobrevalorar a las madres, Sara las baja del pedestal de la pureza para entenderlas como seres humanos con sentimientos, deseos y frustraciones, que en la actualidad viven bajo el estrés derivado de la multiplicación de roles: el trabajo, la casa, el cuidado de los hijos y el de los adultos mayores. Y si bien en la educación de los hijos intervienen la escuela, el barrio y todo el entorno social, el poder emocional que tienen las madres sobre ellos las convierte en fuente de autoridad y su papel de contención de violencia puede ser definitivo.

Sara no se queda en la enunciación sino que propone los pasos a seguir y al hacerlo empodera la ternura, la comunicación,

la empatía... empodera la vida cotidiana que es la que nos forma como personas. Y de la conciencia individual que implica desterrar las complicidades y dejar de solapar a los hijos en delincuencia, transita hacia la participación comunitaria y la posibilidad de ampliar el rango de acción hacia redes de madres. Entonces, lejos de apelar al estereotipo, lo rompe.

Parece una locura, sí, escribió Sara en un artículo periodístico, “pero locura pareció también cuando las primeras madres y parientes de víctimas salieron al mundo a mostrar su dolor. En Argentina, Sudáfrica, Centroamérica, México, eso despertó la conciencia nacional. Y hoy vemos que los padres de Ayotzinapa levantaron a todo el país”. Un día también se tachó de locos revoltosos, nos dice Manuel Castells, a quienes se atrevieron a imaginar que negros y blancos pueden ser iguales, que los indios tienen su propia cultura, que las mujeres tienen derecho a voto, que los gobernantes deben responder a los ciudadanos... Las acciones que propone Sara parten del amor. Y eso, en nuestros días, sí que es una herejía. Como optar por el perdón y la reconciliación en lugar de la venganza como ha sucedido con éxito en Ruanda y también en Colombia. Sara apela a la relación afectiva, pero también al temor de una mujer de perder un hijo, un hermano, una pareja...

Otras propuestas herejes acompañan a las de Sara. Leonel Narváez, sociólogo y sacerdote misionero determinante en el proceso de pacificación de Colombia, asegura que la gran violencia es la suma de las pequeñas violencias de nuestras casas, escuelas y calles. Y hace hincapié en el desarme del lenguaje y la necesidad de la palabra dulce, asertiva, que no cultiva el odio ni el resentimiento, que construye y asciende a la persona. “La aulas están llenas de posibles criminales y zetas en potencia a quienes les urge la palabra dulce y el abrazo”, advierte y anuncia para el futuro de la humanidad la etapa de lo femenino: “Es hora de potenciar los valores femeninos que todos tenemos para iniciar una nueva etapa de justicia, bondad y paz duradera”.

La película *Alamar*, de Pedro González Rubio, también es una herejía porque

su tema es la fragilidad. Y en una cultura que acostumbra la relación violenta entre los hombres, su cámara aborda la ternura masculina y el descubrimiento de la vida a través del afecto. Hace apenas dos semanas, en un acto público del Pen Club Internacional, la escritora Sandra Cisneros advirtió que las madres, aquellas capaces de crear monstruos y machos en casa, son las mismas que tienen en sus manos la solución a la violencia en América Latina.

Sara Sefchovich nos apura a actuar, porque es tan insostenible el nivel de la crueldad de la violencia en México, como el de la indiferencia, lo rápido que nos acostumbramos o seguimos nuestra vida pretendiendo que nada de esto está sucediendo. Ella propone la redefinición de la maternidad y la resignificación de su posición, transformándose a sí misma y a su espacio privado en el punto de partida para modificar el espacio público. Convertir a la maternidad en una fuerza social. Es hora, advierte, de que la madre también pueda existir como ser humano capaz de tomar decisiones, de intervenir, de actuar, de ser escuchada. Propone la construcción de una nueva ciudadanía (distinta a la que repudia al Estado pero también le pide la solución de todos sus problemas) y la construcción de un nuevo modo de gobernar. Ya no con programas faraónicos sino a través de cambios menores viables que Sara desglosa en todo un capítulo. Apoyo a las madres en el cuidado de los hijos con guarderías suficientes, la participación de los jóvenes en la tarea y la transformación del entorno con más parques, iluminación, recolección de basura... Todo posible. Todo realista.

De pronto estamos ya en el centro del escenario y con el llamado de Sara frente al espejo: *¡Atrévete!* Su libro reconstruye con una nueva mirada el puente roto hacia el sentido común que tan lejos nos había quedado. Y hay que atreverse y recordar todas aquellas propuestas herejes que cambiaron el rumbo de la historia para bien de la humanidad. Y atreverse desde hoy, porque nuestro país y nuestras vidas están en juego. **U**

Sara Sefchovich, *¡Atrévete! Propuesta hereje para disminuir la violencia en México*, Aguilar, México, 2014, 288 pp.